

Cuando Aristóteles afirmó que el hombre educado difería del no educado tanto como el hombre vivo del muerto, estaba expresando una de las señas distintivas de la civilización griega: La educación como formadora, no sólo de personas con habilidades útiles, sino de hombres (y ocasionalmente mujeres) elevados a la condición de buenos ciudadanos, que valía tanto como decir buenos humanos.

Desde entonces, la opinión que nos merece la educación es más o menos la misma. Es uno de los ejes articuladores en torno al concepto de civilización. Y no afirmamos que la educación, como habilitación social de los individuos haya surgido por primera vez en Grecia. Es plausible suponer que en el contexto de las primeras formaciones humanas, el conocimiento socialmente relevante haya sido transmitido intencionalmente de padres a hijos, pero no es hasta que irrumpen en la escena los primeros filósofos del mundo antiguo que la educación se vuelve un objeto de reflexión sistemática, de perfeccionamiento continuo y de cuestionamiento fundamental. El énfasis en la educación, como la seguimos entendiendo hoy en día, surge al mismo tiempo que la filosofía y se han acompañado desde entonces hasta la actualidad.

Conviene no confundir aprendizaje con educación, el primero es consecuencia casi natural de ciertas condiciones de los organismos, el humano incluido, y de su interacción con el ambiente. La segunda tiene una dimensión claramente social, pues surge de la necesidad de una comunidad de integrar a sus nuevos elementos en la estructura organizativa con el mayor índice de beneficio para todos. Al interior de los procesos educativos ocurre el fenómeno del aprendizaje, y es deseable, por supuesto, aplicarse a volverlo más eficiente. Generar curvas óptimas de aprendizaje es el objetivo de psicólogos y pedagogos, entre otros. Pero la educación excede el ámbito del aprendizaje, aunque lo implique.

La reflexión sobre la educación tiene múltiples campos para atender. Desde los objetos educativos que deberían privilegiarse ¿Saber cómo? ¿Saber qué? Aprender habilidades concretas útiles para la vida o estrategias genéricas derivables eventualmente en actividades específicas. Aprender a pensar, privilegiar el pensamiento crítico por sobre los saberes prácticos, encontrar el papel del pensamiento creativo en estos procesos son, por mencionar sólo algunas, las reflexiones más recurrentes que se dan sobre los fundamentos de la educación.

La finalidad de la educación es otro terreno. Libertad, felicidad, adaptación social, perpetuación del orden establecido son algunos de los conceptos frecuentes cuando se trata de hablar de éste, que es quizá, uno de los espacios que generan más controversias entre los interesados.

La educación acompañará a la humanidad como proceso civilizatorio mientras la humanidad exista. No importando si el medio es oral, o virtual. Si la dimensión es sincrónica o diacrónica. Si

los fines son emancipatorios o no y si la meta es el pensamiento crítico o la adquisición de habilidades. Es tarea de la filosofía generar las preguntas pertinentes y poner a prueba los escenarios que nos orienten como sociedad, pues más allá de las ideologías, es la educación uno de nuestras actividades máspreciadas.

En este número, Protrepis ha convocado a pensar en la educación. En tiempos en que los cambios económicos, políticos y sociales se operan a velocidades vertiginosas se vuelve necesario tener diálogos frecuentes e informados sobre el rumbo a marcar, los presupuestos y los puntos de llegada de los procesos educativos. Esperamos que éste número de Protrepis contribuya a documentar esos diálogos. **P**